

Adiós a uno de los pilares del 'boom'

cultura

El territorio de La Mancha

JUAN GOYTISOLO

Escribir sobre la muerte de un gran escritor al que me unían, además, estrechos vínculos de amistad a lo largo de medio siglo es un ejercicio desolador. ¿Cómo resumir en unas pocas cuartillas lo que significaron para mí la relación con él y la lectura de las novelas que nos ha dejado en herencia? Las imágenes del autor, acompañadas siempre de la belleza frágil de Silvia Lemus, aparecen y se desvanecen ante mí como si al plasmarlas en el papel se borrarán. ¿Existieron, fueron reales en la ficción del tiempo, desaparecerán una vez evocadas por mi pluma? La angustia del vacío que nos deja y me atenaza busca aferrarse en vano a lugares y fechas. Veo al joven Carlos, desbordante de energía y vitalidad, que estrelló su vaso de tequila contra el suelo para celebrar nuestro primer encuentro. Al cuate divertido que me acompañó a escuchar los mariachis en la plaza Garibaldi y me condujo, en compañía de Fernando Benítez y José Emilio Pacheco, al Teatro Blanquita. Al escritor elegantemente vestido que apareció en el vestíbulo de la editorial Gallimard para firmar el contrato de traducción de *La región más transparente* o de *La muerte de Artemio Cruz*. Veo aún al amigo de siempre en Madrid, Barcelona, Cuernavaca, Nueva York, Londres, Santander, Mallorca... Su imagen se esfuma y reaparece como embajador de su país en París, cuando me invitó a su residencia en la *banlieue* y me presentó a dos niños, sus hijos, que me llamaban Juan Sin Tierra, como el protagonista del libro de cuentos que devoraban. La acronia que manejó sabiamente en sus novelas —pienso en la fascinadora protagonista de *Aura*— se ha adueñado de mí al redactar estas líneas, y le veo tan pronto, siempre con Silvia, en el campus de alguna universidad norteamericana,

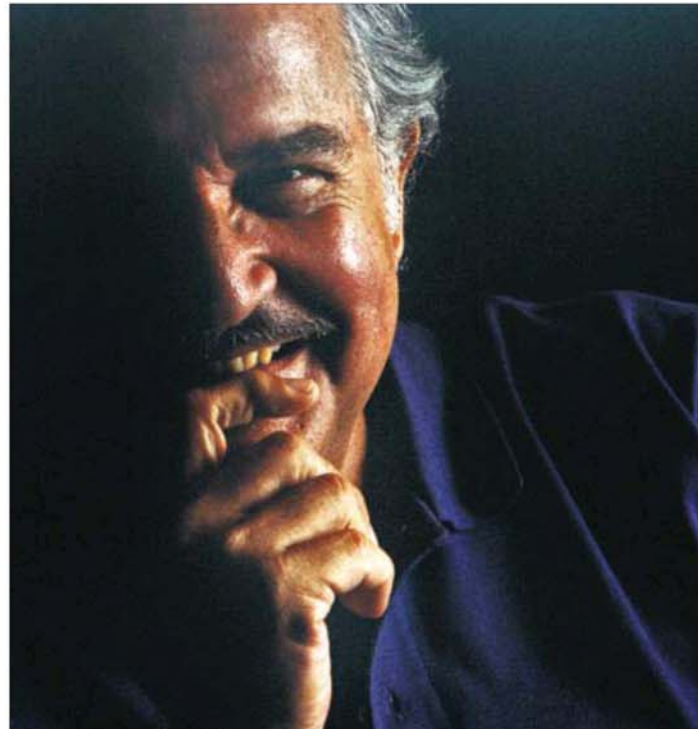
contemplando el muro de Berlín desde la atalaya de Oranienburgerstrasse, o tomando el sol en la terraza de mi casa en Marrakech. Viajero incansable, trataba de seguirle la pista a través de nuestros amigos comunes o en las entrevistas y reseñas aparecidas en la prensa. El más mexicano de los escritores era también el más trotamundos. Siempre venía de algún lado o estaba a punto de hacer las maletas.

Hablar de su novelística es trazar la cartografía de una navegación solitaria, preferentemente por áreas remotas o desconocidas. Atento y fiel lector de Cervantes, reivindicaba con orgullo, frente a la fanfarria patriótica, la nacionalidad cervantina. Si su inmensa obra —*La edad del tiempo*— puede ser comparada a la de Balzac por su incisivo retrato de la sociedad de su tiempo, se distingue de ella en el enfoque de su trabajo: Carlos no cam-

biaba de tema, cambiaba de planteamiento literario. Concebía la obra en ciernes como una incursión en el ámbito de lo desconocido. Buscaba aclimatarse en un espacio no hollado por pie alguno, "en esos pocos metros de tierra", decía, "que los holandeses ganan al mar". La escritura, vivida por él como una aventura, convertía en su vez en aventurero al atento lector de sus páginas.

Recuerdo la dicha que me em-

bargaba al adentrarme en *Terra Nostra*, *Cristóbal Nonato*, *Diana o la cazadora solitaria*, *El naranja...* Explorador de lo incógnito, Fuentes no amarraba su nave a puerto alguno. Levantaba el ancla y partía de nuevo. Su asombrosa vitalidad y poder creativo admiraban a todos sus amigos. Era una fuerza de la naturaleza y deseaba las palabras de cuantos le aconsejábamos una vida más sosegada. La escritura, me decía, es mi droga diaria, y para desintoxicarme de ella si aumento la dosis parto de viaje a descansar, a leer o a dar conferencias. Si quería comunicarme con él recurría a la agencia Balcells.



Carlos Fuentes, retratado en octubre de 1994. / GORKA LEJARCEGI

Desoía las palabras de cuantos le aconsejábamos una vida más sosegada

La obra que nos lega nos recuerda la perdurabilidad de lo escrito

¿Está en Londres, en Buenos Aires, en Cartagena de Indias? ¿O terminaba acaso el nuevo libro que preparaba con sigilo?

La última vez que le vi fue en Aix-en-Provence el pasado mes de octubre con motivo del homenaje que se rendía a su obra de toda la vida. Rebosaba salud y alegría sin que las jornadas exhaustivas de la celebración hicieran mella en él. Le veo, le veo aún en el hermoso jardín del hotel, siempre junto a Silvia, departiendo hasta las tantas con sus admiradores y amigos.

Carlos Fuentes ha vivido hasta el fin en la plenitud de sus dones. No ha conocido los achaques ni heridas de la vejez. Y ahí está la obra que nos lega para recordarnos la perdurabilidad de lo escrito, no solo en el vasto mundo de nuestra lengua sino también en el universal e ilimitado territorio de La Mancha que él reivindicó como suyo.

Retirado en la paz de estos desiertos.

Con pocos, pero doctos libros juntos.

Vivo en conversación con los difuntos

Y escucho con mis ojos a los muertos.

Unos días después llegó su respuesta. Su caligrafía, que conozco desde antes de conocerlo a él (la he visto en facsimiles, en dedicatorias), se había vuelto difícil, pero el mensaje era tan diáfano como puede ser: "Mis difuntos, imagínate, son todos los antepasados que recuerdo (muy pocos) y todos los que no puedo recordar (la inmensidad). Soy quien soy —y tú eres quien eres— gracias a ellos". Y ahora no puedo no pensar que se ha convertido en uno de esos difuntos; y tras el lamento y la tristeza, frente a la biblioteca donde se acumulan los doctos libros juntos, pienso que en adelante vivirá en conversación con él, que ahora lo escucharé con mis ojos.

Escuchar con los ojos

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Me he pasado las últimas horas en mi biblioteca, sentado frente al estante donde están los libros de Carlos Fuentes —todos los que he leído y algunos que pronto leeré: en estos últimos años, creo yo, muy pocos habrán logrado seguirle el paso a su producción prolífica—, y me ha sorprendido darme cuenta del tiempo que he vivido en compañía de su obra. A Fuentes lo conocí hace cinco años, y han sido años ricos, muy ricos, por los que nunca dejaré de considerarme favorecido; pero mi relación con sus libros, según el repaso de bibliotecario que acabo de hacer, data de 1992, cuando leí *La muerte de Artemio Cruz* y también *Aura* y también *Geografía de la novela*. No he perdido nunca la costumbre de anotar en la

última página de mis libros la fecha de su lectura, y ahí están estos testimonios: han sido, pues, veinte años con Carlos Fuentes. Otra manera de decirlo: cuando lo conocí, en el verano de 2007, llevaba 15 años leyéndolo como se lee a un clásico, y entonces esta admiración literaria se convirtió en el privilegio de su amistad, de su compañía y su conversación, de su rara curiosidad. Ese tránsito, que en tantas ocasiones no lleva más que a decepciones lamentables, en su caso fue una fortuna y una alegría.

Lo vi en octubre pasado, lo vi en enero, pero no lo veré en noviembre. La idea me resulta irreconciliable con el último recuerdo que tengo de él: en los últimos años, frecuentarlo fue asistir a la sorpresa recurrente de su longevidad. No la física, que

ya era bastante milagrosa, sino la mental: su memoria inverosímil, que le permitía citar el reparto entero de cualquier película de los años sesenta; su humor inmediato, capaz de desbaratar de un plumazo cualquier solemnidad. El magisterio de Fuentes es inagotable. Varias ge-

Quando lo conocí, llevaba 15 años leyéndolo como se lee a un clásico

Varias generaciones aprendieron con él lo que es la literatura latinoamericana

neraciones aprendieron con él lo que es la literatura latinoamericana. Yo aprendí que esta literatura es lo contrario de la literatura local, y que el novelista latinoamericano se abre al mundo, acepta todas las influencias, devora todos los temas. Aprendí a leer, también: a Cervantes, a las crónicas de Indias, a Broch, a Musil. La obra de Fuentes nos regaló una idea de la ambición, nos mostró que la vocación no es esconderse del mundo, sino llamarlo y transformarlo. Y aprendí la generosidad, que nunca lograré practicar como lo hizo él.

Hace unos meses, por iniciativa de alguien más y por razones que no vienen al caso, le escribí a Fuentes para preguntarle cuáles eran sus difuntos. La pregunta se refería al poema de Quevedo:

Una autobiografía en diez libros

El escritor mexicano evocó, el verano pasado en Mallorca, su trayectoria personal y creativa en un recorrido por sus títulos más emblemáticos

WINSTON MANRIQUE SABOGAL
Madrid

A los 11 años, Carlos Fuentes recibió el premio del Instituto Nacional de Chile, en Santiago. Para entonces ya había escrito pequeños ensayos, cosas breves y, cuando tenía 18 años, participó en su escuela de México en un concurso de literatura. Ganó el primero, el segundo y el tercer premio. "Así decidí que mi destino estaba hecho. Y el de mis amigos también, porque se dedicaron a la política, no teníamos otra salida", dijo mientras subía las cejas con risa burlona en la playa de Formentor, en Mallorca, donde el verano pasado recibió el Premio Formentor de las Letras. Allí desandó sus 82 años de vida por medio mundo. Gracias, primero, a la labor diplomática de su padre y después a los caminos por los cuales lo reclamó su propio éxito literario, hasta convertirlo en uno de los autores e intelectuales hispanohablantes clave de la segunda mitad del siglo XX y XXI y uno de los pilares del boom latinoamericano junto a Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Allí, a orillas del Mediterráneo, trazó su arco personal y literario y evocó algunos de sus libros.

'LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE'

México habla al escritor (1958)

"Pertenece yo a una tradición, era muy amigo de Rulfo. Admiraba mucho su obra y me parecía que *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* eran obras definitivas que cerraban un capítulo de estilo, de temática; y quedaba otra parte de la ciudad que no estaba escrita. Yo viví mucho la ciudad: fui muy *parrandero*, iba a cabarets, a burdeles, a los bailes, conocía mucho a la gente. Salía con Salvador Elizondo, éramos compañeros de *parranda*, y él se admiraba de mí, y a veces, cuando estábamos en alguno de estos sitios, me decía: '¿Por qué mejor no ves a las muchachas en lugar de estar tomando notas?'. Pero yo lo hacía, sin saberlo, para *La región más transparente*. De manera que cuando me senté a escribir la novela tenía una cantidad de elementos ya guardados inmensa, y la ciudad misma que estaba clamando por ser escrita. Yo sentía eso, que la ciudad me gritaba: '¡Escribeme, por favor!, ¡Escribeme, ¿por qué nadie me escribe?!'. Cuando salió decían que esa novela no valía la pena", recordaba Carlos Fuentes. Así surgió una gran novela urbana cuyos retratos siguen vigentes.

'AURA'

La luz y María Callas (1962)

"Estando en casa de una amiga en París vi que ella salía de la recámara y al pasar por el tragaluz, ella, de tan solo 20 años, se transformó en una vieja por la luz que le cayó de repente. Así nació *Aura*, que escribí en cinco



Carlos Fuentes en 1988, en su discurso del Premio Cervantes. / MARISA FLÓREZ

1988: discurso del Premio Cervantes

► "El terreno común de nuestros encuentros y desencuentros, la liga más fuerte de nuestra comunidad probable, es la lengua: el instrumento, dijo una vez Yeats, de nuestro debate con los demás, que es retórica, pero también del debate con nosotros mismos, que es poesía".

► "Miguel de Cervantes escribe el *Quijote* a contratiempo, desautorizado por la historia inmediata; respondiendo no tanto a lo que está allí, sino a lo que hace falta; potenciando la imaginación para hablarnos menos de lo que vemos que de lo que no vemos".

días en un café de París en 1962. Creyendo, como puede uno creer, que la obra era muy original, que no tenía antecedentes, la verdad es que no es así. Uno de ellos lo recordé más tarde, cuando vi en México, en los años cincuenta, *La Traviata* con Ma-

ría Callas. Ella hacía algo extraordinario al final de la ópera; mientras todas las sopranos echan el Do de pecho y se despiden con un aria enorme, María Callas no. Ella iba apagándose como una llama y cantando más levemente. Se apagaba la voz, se

apagaba la vida. Eso me impresionó, y tiene que ver con *Aura*". Esa historia de la joven que vive con su tía anciana y viuda y que Felipe Montero quiere liberar hasta que en su empeño entra en la confusión de la realidad.

'LA MUERTE DE ARTEMIO CRUZ'

Pasado, presente y futuro (1962)

"Entre tanto escribí *La muerte de Artemio Cruz*, que me faltaba como novela de mi país, de la revolución mexicana. Pero también era yo muy consciente del antecedente realista de otros autores españoles y pensé en la manera de darle otra forma a esta novela. Imaginé que habría tres personas que la contaban: un moribundo Artemio Cruz, en primera persona; la conciencia de Artemio Cruz, en segunda persona; y la vida de Artemio Cruz, en tercera persona. Presente, pasado y futuro". Con esta novela empezó a adentrarse en la historia, el pasado mexicano, que sería uno de sus pilares literarios.

'CAMBIO DE PIEL'

Para Julio Cortázar (1967)

"Empezado los años sesenta iba muy bien, pero fue muy problemático porque uno no espera a los 30 años tener tanto éxito. Eso es antes de Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Entonces sí tenía nervios, dudas, desorientaciones. Publiqué en 1967 *Zona sagrada* y *Cambio de piel*, pero no me sentía a gusto en mi propia piel". La escribe y la dedica a Julio Cortázar, cuyo mundo late en sus páginas. Cholula es el pueblo mexicano en el que cuatro personas, que iban rumbo a Veracruz en un coche, desvelarán sus personalidades. De nuevo, las sombras de la historia, pero aquí en lo personal, sobre todo de Javier, que sacrificó sus sueños políticos e intelectuales por el amor.

'TERRA NOSTRA'

Un proyecto de 10 años (1975)

"No me sentí bien en mi propia piel y me preguntaba: 'Después de este éxito qué voy a hacer yo ahora? ¿Acaso voy a ser de esos escritores que escriben dos libros y se quedan en silencio, como Rulfo, o acaso voy a tener una existencia literaria más larga? No lo sabía. Entonces me embarqué en un proyecto literario que duró diez años: *Terra nostra*. Eso me dio aliento para seguir. Es una novela en la que tuve que investigar a fondo la época. Iba escribiendo poco a poco y la novela iba creciendo como una planta, como un arbolito. La terminé un año nuevo en Washington. Para muchos de mis lectores es mi mejor novela. Es para una minoría, no es una novela popular, de ninguna manera. Es su obra más experi-

mental. Trata del poder trasplantado de la corona española a sus colonias y para eso se remonta a los orígenes.

'GRINGO VIEJO'

Un cruce de fronteras (1985)

"Es un continuo cruce de fronteras en toda clase de ámbitos", decía de *Gringo viejo*. La vida del periodista y escritor Ambrose Bierce, que un día cruza la frontera mexicana y busca unirse a las tropas de Pancho Villa, le sirve para decir que la vida no es una línea recta, y que no es solo el factor político el que determina destinos.

'EL ESPEJO ENTERRADO'

La edad del tiempo (1992)

La historia, el tiempo, la memoria y la imaginación están imbricadas en sus narraciones. Pero ¿en qué momento reflexionó sobre eso?: "Fue a comienzo de los años ochenta. Era un momento blanco. No había más que nieve alrededor mío. No podía ni salir a la calle. Estaba muy encerrado y pensaba en el trópico, en las palmeras, en el mar. Y también en mi obra, entonces pensé en darle un título general y un orden. De ahí salió el nombre de todo mi ciclo literario: *La edad del tiempo*". Entonces surge *El espejo enterrado*. De nuevo las relaciones entre España y América. El mirar atrás. La búsqueda de identidad de una metamorfosis continua. Un ensayo pormenorizado desde el punto de vista sociocultural. Un mundo que es ahijado de la tragedia de una vida utópica y real al tiempo.

'LOS AÑOS CON LAURA DÍAZ'

La mirada de la mujer (1999)

"Las mejores novelistas del mundo son nuestras abuelas y a ellas, en primer lugar, les debo la memoria en que se funda esta novela", escribe. Es la reivindicación femenina en la historia de México. Narra de manera paralela la historia de una mujer y la de su país durante una centuria: de 1868 a 1968. Independencias, guerras, revoluciones, guerras cristeras, PRI, modernidad... y los conflictos del mundo.

'LA SILLA DEL ÁGUILA'

México, el enigma (2003)

"México es un enigma para mí. Un país que se desborda y al que he buscado, tratado de entender desde sus orígenes, pero una de las respuestas y señas de identidad es que todo siempre se complica". Y aquí lo hizo a través de una obra de corrupción política y de la ambición desmedada que parecen sostener a toda una sociedad.

'ADÁN EN EDÉN'

La última cruzada (2009)

Es el comienzo de la última cruzada de Carlos Fuentes por radiografiar, descifrar y denunciar los males de la sociedad de su país: el narcotráfico y su capacidad para pudrir el tejido social.